

Fragmento

¿Puedo soñar contigo?

Blue Jeans



Por fin la tercera parte de *El club de los incomprensidos*

Blue Jeans



¿PUEDO SOÑAR CONTIGO?

CAPÍTULO I

El bostezo de Raúl saca una sonrisa a Valeria, que apoya la cabeza en su hombro y coge un puñado de palomitas del cubo. Aquella película no le está gustando demasiado, pero le está sirviendo para desconectar. Los exámenes finales de junio se acercan a gran velocidad. En cinco días comienza la tortura. ¡Y debe aprobar todas las asignaturas de primero de Bachillerato! La idea de ir al cine no ha sido mala, aunque se han equivocado con lo que han ido a ver.

Un beso con sabor a sal y más bostezos. Ahora compartidos.

Alba mira de reojo a la pareja y sonríe. Se alegra de que sigan juntos. Y pensar que por su culpa casi rompen. Nunca debería haberle hecho caso a Elisabet. Afortunadamente, todo se arregló entre ellos y desde aquel día de marzo en el que Raúl le pidió disculpas a su chica en la plaza Mayor, no ha habido más sobresaltos provocados por Eli. Es como si hubiera desaparecido de la Tierra.

A lo largo de aquellos dos últimos meses Alba ha intentado por todos los medios que los Incomprendidos sean de nuevo un grupo unido. Un club de amigos inse-

parables que se ayudan entre ellos. De alguna manera se lo debía. Lo de ir esa noche al cine lo ha propuesto ella.

—Chicos, ¿por qué no lo dejamos ya por hoy?

—Hay mucho que estudiar. Y no lo llevo nada bien —responde Ester, resoplando, y tacha el resultado final que acaba de obtener en aquel problema.

Alba se acerca hasta ella y la abraza por detrás. Ester se encoge al sentir las manos de su amiga. Últimamente, está muy cariñosa.

—No te preocupes. Seguro que apruebas todo.

—Ya veremos.

—Que sí. No lo llevas tan mal. ¿Qué te preocupa?

—Matemáticas... Las odio. Es como una pesadilla.

—¡Pues para eso está Bruno! —exclama Alba, alegremente—. ¡Para echarte una mano! ¡Como siempre!

El aludido levanta la cabeza al escuchar su nombre y mira hacia las dos chicas. Ambas están observándole. Son tan diferentes, pero al mismo tiempo, tan parecidas. Ester continúa preciosa, con su flequillo recto en forma de cortinilla. Como el primer día que la vio. Aquel día en el que se enamoró perdidamente de ella. Y Alba ya no tiene ese horrible pelo corto azul. Una media melena rubia se desliza por sus hombros y sus ojos claros lucen más vivos que nunca.

—¿Qué tengo que hacer? —pregunta él algo desconcertado.

—Ayudarla con las mates. Tú eres el genio de los números. Y ya lo has hecho más veces, ¿no?

—Ah. Claro, claro. Lo que necesites.

La sonrisa de Bruno coincide con la de Ester. Por poco tiempo. Cuando están en el grupo les cuesta mirarse a los ojos. Llevan varias semanas compartiendo un gran secreto.

—Bueno, pero dejemos de hablar ya de estudios y de exámenes. ¡Estoy cansada! ¿Por qué no nos vamos todos al cine?

—Me parece una idea genial —indica Valeria, cerrando una carpeta de anillas en la que guarda sus apuntes.

Raúl, que está sentado a su lado, la imita. También a él le apetece desconectar de libros y hojas llenas de cifras y letras.

—Por mí vale —señala, estirándose.

—¡Genial! ¡Llamo a Meri por si quiere venirse con nosotros! —grita Alba, sacando el móvil del bolsillo de su pantalón.

Responde al tercer bip. La pelirroja es la única que a veces falta a las nuevas reuniones del Club de los Incomprendidos. Las retomaron hace ya unas semanas. Alba fue la responsable de que eso sucediera, a fuerza de insistir una y otra vez en que un grupo así de amigos no podía distanciarse tanto como lo había hecho.

Tres tardes por semana quedan en la cafetería Constanza. E incluso han reescrito aquellas normas que establecieron en su día. Ahora son mayores y ya no tienen esa necesidad de buscar a otros chicos que les comprendan. Pero son un grupo de jóvenes que se entienden, se conocen bien y han compartido infinidad de emociones y experiencias de todo tipo. Mejor juntos que cada uno por su lado.

—¿No vienes entonces?... —pregunta, algo decepcionada, cuando María contesta al otro lado de la línea. Y escucha atentamente su explicación—. Ah. Muy bien. Vale... Comprendo. Bueno... Si cambias de opinión, ya sabes. A las ocho. En Callao... Muy bien... Vale, Meri. Un besito.

Y cuelga el teléfono. El resto está contemplándola. Alba abre los brazos resignada y les cuenta que ha dicho que no puede quedar porque va a ir con su padre a no sé qué sitio. Valeria respira aliviada. Desde que su madre se casó con el padre de Meri su relación se ha ido estropeando poco a poco. Hay algo que ha dejado de funcionar entre ellas. ¡Ahora son hermanastras! Y eso ha traído consigo cierta tensión. Su amistad no es la misma que antes.

—Pues nada, se acabó el estudio por hoy. ¡Vamos al cine!

Durante la media hora que lleva allí sentada, en ningún momento Ester se ha sentido cómoda. Apenas se ha enterado de qué va la película. No tiene que ser demasiado buena porque escucha bostezos a izquierda y derecha. Bruno come palomitas ruidosamente a su lado. Con él comparte un secreto desde hace unas semanas. Nunca imaginó que las cosas se desarrollarían así y cambiarían tanto en tan poco tiempo.

El móvil vibra dentro de su pantalón vaquero. Es un mensaje de WhatsApp.

Hola. ¿Te apetece hablar conmigo esta noche por Skype?

Sería la sexta vez en varios días. La conversación de ayer fue divertida. Cómo sospechar que aquel chico conseguiría hacerla reír. Se lo piensa unos segundos y responde.

Hola. Estoy en el cine. Llegaré tarde a casa. Si me esperas despierto...

Bruno mira disimuladamente a la chica sentada a su izquierda. Sonríe con el móvil en la mano. ¿Quién le habrá escrito? ¿Un chico? Siente curiosidad. ¿Y celos? No, no puede sentir celos. Tose y se centra de nuevo en la gran pantalla, aunque desde ese instante le cuesta seguir el hilo de la película. Su mente se lo impide.

Te esperaré lo que haga falta. Me lo paso muy bien contigo. ¿Sabes? Me gustas.

Un escalofrío recorre el cuerpo de Ester cuando lee aquellas palabras en su móvil. ¿Ya ella? ¿Le gusta él? No sabe qué responderle, por eso, simplemente, contesta con un emoticono sonriente y guarda el teléfono.

—¡Hip!

Se ha escuchado en toda la sala, como un trueno en medio del mar en calma. Aquel hipo ha arrancado algunas risas entre los espectadores y ha avergonzado a una persona en particular. Val se tapa la boca con las dos manos. ¡Le tenía que ocurrir a ella, justo en ese momento de silencio absoluto! Sus cuatro amigos se han girado y la observan. Colorada como un tomate, se deja caer en su asiento y cruza los brazos.

—Eso es que te comes las palomitas demasiado rá-

pido —le susurra Raúl, apretando su rodilla cariñosamente.

—Jo. Soy tonta.

—No te preocupes, le puede pasar a cualquiera.

Valeria sabe que no. Que algo así sólo le puede suceder a gente como ella. Una patosa sin remedio, incapaz de controlar su propio hipo y de pasar desapercibida en medio de una sala de cine.

—¿Estás bien? —le pregunta Alba en voz baja, inclinandose junto a ella.

—Bueno...

—Tranquila. A mí me entra hipo muchas veces cuando estoy nerviosa —reconoce su amiga, guiñándole un ojo—. Y lo que hago para quitármelo es beber pequeños sorbos mientras cuento hasta diez entre sorbito y sorbito.

Nunca había probado ese método. Normalmente se le quita solo. Tiene que intentar aguantar y... «¡Hip!». Menos mal que esa vez no se le ha escuchado. Valeria niega con la cabeza y decide probar el consejo que le ha dado su amiga. Alcanza su Coca-Cola Light y comienza a dar pequeños tragos y a contar para sí. Cuando llega a diez, se detiene. Respira hondo y mira a Alba. Ésta le hace un gesto de conformidad con el pulgar. Bien, parece que el hipo se ha marchado.

—¿Ves como funciona?

—Sí. Muchas gra... ¡Hip!

El hipo de Val irrumpe con gran magnitud en la oscuridad de la sala 7, mientras en pantalla los dos protagonistas de aquella aburrida película se besan por primera vez. Las risas ahora son más prolongadas. Incluso alguien suelta alguna gracia que provoca carcajadas en el resto de los espectadores.

La chica no lo soporta más. Se levanta de su asiento, avergonzada, y, con las manos cubriéndose el rostro, huye de allí. Raúl amaga con salir tras ella, pero Alba le pide que no lo haga, que espere cinco minutos, que Valeria querrá estar sola ahora. El joven asiente y se acomoda en su sitio. Saca el móvil y le escribe a su novia.

Algo así le puede pasar a cualquiera. Aunque tú no eres cualquiera, eres la mejor. Eres única. Te quiamo.

Desde noviembre juntos. Con sus idas y venidas. Con problemas, con risas y sonrisas, con mentiras, con terceros..., con todo lo que supone una relación de dos personas jóvenes que siguen madurando día tras día, en lo personal, en pareja. Con todo eso y muchísimo más, la quiere. Y sabe que ella también le quiere. Aunque el otro haya vuelto. Aunque el otro también la quiera. Aunque no pueda evitar preguntarse, cada vez que se va a la cama, si realmente Val, su Val, estará pensando en él.

Alba está convencida de que Raúl está dándole vueltas a la cabeza por aquel tema que tanto le preocupa. No le gusta ver a su amigo así, pero ella no puede hacer nada. Debe ser fuerte, apretar los dientes y confiar en su novia. Suspira y mira a Bruno, que come palomitas. Le sonrío y es correspondida. Bruno... El bueno de Bruno. Su corazón se acelera y palpita a toda velocidad. Su querido Bruno... E, imitando a la protagonista de la película y dejándose llevar por todo lo que siente, se lanza sobre él y le planta un enorme beso en los labios. Uno más de todos los que se han dado en esos últimos dos meses. Y de los que si fuera por ella le estaría dando toda la vida.

Capítulo 2

—¿No te apetecía ir con tus amigos al cine?

—No. Prefiero estar aquí contigo.

—Pero les has contado que te ibas con tu padre.
¡Les has mentido! ¡Muy mal!

—No es la primera vez. Ya lo sabes.

Paloma arruga la frente y tuerce el labio, en una divertida mueca. Luego, sonrío y le da a Meri un beso en la mejilla, seguido de otro pequeño en la boca. Se tumba en la cama detrás de ella y le coge la mano para acariciarla.

—Nos hemos convertido en pequeñas mentirosas. Como la serie.

—Mmm. En realidad, tú tienes cierto aire a... —indica María, y se queda pensativa un instante.

—¡Mejor no me digas nada! ¡No me gustan las comparaciones!

—La que iba a hacer era buena.

—¿Sí?

—Claro. Te pareces un poco a...

—¡No, no, no! ¡Mejor no me lo digas! —grita Paloma, dándose la vuelta y colocando la almohada sobre su cabeza.

—Tú eres como...

—¡Que no me digas nada, por favor!

—Eres... tan guapa como Hanna, tan lista como Spencer, tan romántica como Emily... y tan carismática como Aria.

La jovencita rubia aparta la almohada, se sienta en el colchón junto a su chica y la contempla fijamente.

—¿Crees de verdad que soy todo eso?

—Sí. Por supuesto que lo creo.

—¡Oh! Eso es que me quieres mucho, ¿verdad?

—¿No se nota?

Se le nota muchísimo. Está enamorada de ella. De esa quinceañera pequeñaja que ha puesto su vida patas arriba y que se ha convertido en lo mejor que le ha pasado nunca.

Las dos se abrazan emocionadas, mezclando sentimientos. Y se besan cálidamente, despacio. Casi a cámara lenta, saboreando los labios de la otra.

—Mi padre no vuelve de su viaje hasta la semana que viene y mi madre tardará una hora en llegar a casa —comenta Paloma, rozando con las yemas de los dedos la piel suave de Meri.

Hace unas semanas que ya no lleva gafas. Se ha empezado a acostumbrar a usar lentillas y ve la vida de otro color. Se siente un patito menos feo. Sobre todo porque ella la mira de una manera que nunca antes había experimentado. Paloma logra cada vez que están juntas que se sienta especial, única. Es una sensación incomparable. Aunque al mismo tiempo le produce miedo. Se ha hecho tanto a ella que le preocupa que se canse, que quiera a alguien mejor o que descubra que lo que le gustan son los tíos. Que ese amor, por una ra-

zón u otra, desaparezca de la noche a la mañana. Sin avisar, tal como llegó.

—Y con eso, ¿qué quieres decir?

—Que... tenemos mucho tiempo para... nosotras solas —dice Paloma, levantándose.

Con sensualidad, sin dejar de observar a Meri ni un segundo, cruza los brazos y se quita la camiseta. La voltea y la lanza contra el suelo. Su novia abre los ojos como platos.

—Pero... ¿qué quieres que...?

—Shhh. Llevamos más de dos meses juntas. ¿No crees que ya es hora de avanzar un poquito más?

—Yo... No lo sé.

Hasta ese momento, nunca había visto a Paloma con tan poca ropa. Casi nunca pueden estar solas, ni disfrutar de momentos de intimidad. Sin embargo, en el fondo, eso sólo es una excusa. A Meri lo que le da miedo es cruzar la frontera que separa un beso de algo más. La idea de que ella la vea desnuda le horroriza. Se morirá. Tiene tantos complejos con su cuerpo... En cambio, ella es perfecta.

—¿Te gusta? —le pregunta, tras desabrocharse el vaquero y dejar a la vista de su chica el borde de un tanga blanco y rojo.

Sin quitarse el pantalón, se acerca hasta la pelirroja, se inclina y la besa apasionadamente. Meri apenas puede respirar. Le sorprende la situación y que aquella cría, tan inocente e ingenua en muchas ocasiones, se esté soltando hasta esos límites.

—Para, anda —susurra incómoda, echándose a un lado y retocándose el pelo—. No vaya a ser que regrese tu madre antes de tiempo.

—No va a volver hasta dentro de una hora. Ya te lo he dicho.

—¿Y si lo hace?

—¡Pues le contamos lo nuestro!

—¡Estás loca! ¿Cómo vamos a contarle lo nuestro?

—Algún día tendremos que salir del armario —contesta Paloma rascándose la barbilla, nerviosa—. Quiero poder quererte en cualquier parte.

—Yyo. Pero no es tan sencillo.

—¡Claro que no lo es! ¡Ya sabes cómo son mis padres, además! —exclama, sentándose de nuevo en la cama al lado de María—. Los tuyos son más flexibles. No tendrás tantos problemas como yo.

En eso tiene razón. Los padres de ella son muy tradicionales y estrictos y sabe que habrá mucha tensión cuando les confiese su homosexualidad.

—No sé qué decirte, Paloma —comenta muy seria.

—Dime lo que piensas. Sólo quiero oír lo que sientes. Nada más.

—Ya lo sabes. Te lo repito todos los días. Te quiero...

—Y si me quieres tanto, ¿qué te pasa? ¿Por qué te has asustado cuando me he quitado la camiseta y me he desabrochado el pantalón?

—No me he asustado.

—Sí lo has hecho. ¿Crees que no me he dado cuenta?

—Te equivocas.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿No te gusta mi cuerpo?

—El... que no me gusta... es el mío.

Tartamudea cuando habla. Desvía su mirada, que se pierde en una de las paredes de la habitación.

—¡Qué dices! ¡Si tienes un cuerpo muy bonito! —la contradice Paloma.

—¿Cómo lo sabes? No lo has visto desnudo... —responde sin mirarla a la cara.

—¿Y qué? Lo he visto con ropa.

—No es lo mismo.

—Anda que... ¡No me gusta que pienses así!... Mírame, guapa —le ordena sonriente—. Vamos, pelirrojita. Mírame.

María titubea, pero finalmente le hace caso y contempla a la otra chica. Ésta, por sorpresa, se lleva las manos a la espalda y desabrocha su sujetador, que se le queda colgando en una mano.

—¿Qué haces?

—¿Ves? ¡Son muy pequeñas! —exclama, riéndose nerviosa—. No llego ni a la noventa.

—¡Tápate, por favor!

—¿Y me asusta enseñártelas? No. ¿Por qué? Porque tengo plena confianza en ti... y te quiero.

Tanta sinceridad en aquella exhibición ruboriza a Meri, que no sabe cómo actuar. Está hipnotizada por el cuerpo desnudo y perfecto de su chica.

—Yo también te quiero, pero...

—Pero nada. No tengas miedo. Quítate la camiseta.

—No... No puedo.

—No pasa nada. No temas, de verdad. Confía en mí.

Son unos segundos de confusión e indecisión para María. Quiere quitársela, pero su vergüenza no se lo permite. ¿Por qué se corta? ¡Es su novia! La persona con quien comparte todo, a la que desea y ama. ¿Por qué no es capaz de hacerlo? ¿Por qué no...?

Pero no tiene tiempo de hacerse preguntas. Sin esperar, Paloma se le echa encima, sujeta su camiseta y la estira hacia arriba. Meri reacciona con rapidez e impi-

de que siga subiéndosela. Sin embargo, aquella jovencita es más fuerte de lo que imaginaba y logra que su ombligo quede al aire.

—Déjalo, por favor.

—Es por ti. Sólo quiero ayudarte...

—Así no me ayudas.

—Sí lo hago. Te ayudo a superar tus miedos. Es por ti, amor... —Y tras decir esto, sujeta la camiseta por el cuello y da un gran tirón. Tan fuerte, que la tela se rasga.

Meri se da cuenta, la parte superior de la camiseta ha cedido y su sujetador blanco queda a la vista. Paloma, inmediatamente, suelta la tela al comprobar que la ha roto.

—Lo siento mucho —murmura la joven, sintiéndose culpable por lo que acaba de suceder—. No quería rompértela. De verdad.

Es un momento muy extraño. A Meri le cuesta articular palabra. Tiene ganas de llorar. Durante varios segundos sólo mira el desgarró de la camiseta.

—Pelirrojita, di algo, por favor. No quiero que te enfades conmigo y me dejes de hablar. ¡Ha sido sin querer! ¡Te lo juro!

Pese a las súplicas de Paloma, María permanece en silencio. Un par de minutos después, se levanta de la cama y se dirige hacia la silla en la que está la chaqueta con la que ha ido hasta allí. Se cubre con ella y se abrocha todos los botones. Entonces, sí mira a su chica, que se ha vuelto a poner su camiseta.

—Me voy a casa. Luego te llamo o te escribo.

—Lo siento. Perdóname.

—No importa —responde, enseñando una tímida sonrisa.

Abre la puerta de la habitación y cuando está a punto de marcharse, oye cómo Paloma corre hasta ella y la abraza por detrás con todas sus fuerzas. Meri se da la vuelta y recibe el beso más intenso que le han dado en toda su vida. Y sin explicarse el porqué, se deja llevar. Sus manos se pierden en su espalda, apretando los dedos contra su piel, sin dejar libres sus labios ni un solo instante. Es como si la tensión vivida antes se liberara en cada rincón de su cuerpo. No tarda en deshacerse de la chaqueta. Y en seguida, de la camiseta. De una, de otra. Y luego del sujetador. Y del pantalón.

Pasión adolescente, sin complejos. Sin réplicas. Sin miedos. Todo desaparece. Todo se evapora.

Las dos se dejan caer en la alfombra de la habitación sobrepasadas por el deseo, por la intensidad, por el amor. Por la inmensidad de sentirse más unidas en ese momento de lo que jamás lo hayan estado hasta ahora.

Capítulo 3

Lleva unos minutos sentada en las escaleras de los cines de Callao. Valeria no para de maldecir su torpeza y de cabecear negativamente. Esta vez se ha superado. ¡Ha hecho el ridículo delante de más de cien personas!

Tiene la impresión de que todos los que pasan por delante la observan y se burlan de ella en voz baja. Y no les faltaría razón. ¿Cómo puede ser tan torpe?

Hace un poco de frío, aunque continúe con las mejillas muy calientes. Eso tampoco cambia. Se las cubre con las manos y resopla desesperada.

Y Raúl, ¿dónde se ha metido? Se supone que debería estar a su lado para consolarla. El mensajito de WhatsApp ha estado bien, pero preferiría un beso o un abrazo. Quizá se está volviendo demasiado exigente. A su novio no puede pedirle más de lo que hace por ella.

—¿Me estabas esperando?

Aquella voz...

Valeria se aparta las manos de la cara, alza la mirada y lo ve. Sonriente. Con el pelo más corto de lo que lo tenía la primera vez que se encontraron. Con la guitarra en la mano. César, sin pedir permiso, se sienta junto a ella.

—No, no te estaba esperando.

—Pues apunta este encuentro en nuestra lista de citas casuales. ¿Cuántas van desde que volví de Inglaterra? ¿Nueve?

—Esto no es una cita. Y tampoco creo que sea una casualidad —protesta la chica, no demasiado amable.

—Esta vez te prometo que sí. Estaba allí sentado tomando un Caramel Macchiato —dice César señalando los ventanales del Starbucks de enfrente—. Y te vi. No pareces muy contenta. ¿Qué te ocurre?

—No es asunto tuyo.

—¿Quieres que me vaya?

—Sería lo mejor. Raúl está en el cine y...

—¿Y te deja sola aquí fuera? —le interrumpe extrañado—. ¿Habéis discutido?

—No hemos discutido.

—¿Ha sido por mí?

—Te lo repito. No hemos discutido —indica muy seria.

El joven sonríe con descaro, algo que molesta aún más a Valeria. Aquel juego está llegando demasiado lejos.

—¿Sabes que en Bristol no podía dejar de pensar en ti?

—Eso ya me lo has dicho varias veces.

—Vaya. Estoy pecando de poco original. No es la mejor forma de conquistar a una chica.

—Yo ya estoy conquistada, César. Tengo novio.

—Un novio que te abandona en la calle mientras ve tranquilamente una película. ¿Ése es el tipo de novio que quieres? Te mereces algo más.

Cuando termina de hablar apoya la barbilla en las ma-

nos y la interroga con la mirada. Siempre tiene una respuesta para todo. Desde la primera vez que habló con él le deslumbró su capacidad para ello. Nunca se queda en blanco. Tal vez César sea la persona más inteligente y creativa que conoce.

—No saques conclusiones que no son —contesta Val a la defensiva.

—A las pruebas me remito.

—Esas pruebas no son reales. Te falta información.

—Estás en la calle. Tu novio dentro. ¿Qué más hay que saber?

—A veces las cosas no son como parecen.

—No me vas a convencer. Raúl te ha dejado tirada. No es normal que...

—Estoy aquí porque me ha dado un estúpido ataque de hipo, ¿contento?

El motivo es ridículo, pero es la única verdad. La carcajada del joven no tarda en aparecer y a continuación un golpecito cariñoso con el codo en su costado. Las mejillas de la chica echan humo.

—Eso ha sido por las palomitas —apunta el joven, cuando deja de reír—. Te las habrás comido demasiado rápido.

—No sé. Estas cosas sólo me pasan a mí.

Y termina contándole el episodio completo en el interior del cine. No sabe el motivo por el que lo hace, pero se siente bien. Pronto se suelta y desaparece la vergüenza inicial. Está cómoda, tanto que terminan riéndose juntos cuando le relata su precipitada huida de la sala.

—Yya no tienes hipo.

—¡Ostras! ¡Es verdad! —exclama la chica sorprendida—. Ni me había dado cuenta.

Un soplo de viento despeina a Valeria, que se apresura a colocar el mechón de pelo rebelde en su sitio. Tímidamente tropieza con los ojos de César, que también la está observando. Conectan un instante, apenas un par de segundos, que se hacen larguísimos. Es ella la que aparta primero la mirada. Otra vez las mejillas coloradas y calientes.

—¿Has pensado ya en mi propuesta? —pregunta el joven rompiendo el silencio, con más solemnidad de la que acostumbra.

—No, César. No he pensando en nada de eso.

—Voy a continuar insistiendo. Me quedan cartas por jugar.

—No es una buena idea.

—Renunciar a lo que quieres sin luchar sí que no sería una buena idea.

—César... No puede ser. Lo sabes. Estoy enamorada de Raúl. No es posible que haya algo entre tú y yo.

El joven vuelve a sonreír tras escuchar la sentencia de Valeria y se pone de pie. Se cuelga la guitarra en el hombro y baja los escalones.

—Me voy a tocar un rato a la estación. ¿Vienes?

—No, me quedo aquí. Raúl no tardará en salir.

—Más le vale.

Última mirada, última sonrisa. Ella contempla cómo aquel chico tan especial se gira y camina con paso firme hacia el metro de Callao. No tarda en desaparecer por las escaleras.

Una inexplicable sensación preocupa a Valeria. En sus ocho encuentros anteriores ha sucedido lo mismo y se siente culpable por ello. Quiere a su novio. Es el chico de su vida, de cada uno de sus sueños, por quien da-

ría todo. Pero desde hace cincuenta y cinco días, aquel tipo descarado ha puesto en jaque su corazón.

Aquella propuesta... una propuesta que llegó después de la misma canción con la que César empezaría esa noche su repertorio, al ritmo de su guitarra.

Cincuenta y cinco días antes, un día lluvioso de principios de abril...

Una pareja llega empapada a los tornos del metro de La Latina.

—¡Deberíamos haber cogido el paraguas! ¡Mira mi pelo!

—¡Si te lo he dicho, cabezota!

—¡Cabezota tú, que decías que no llovía tanto!

—No llovía tanto cuando hemos salido de tu casa, pero deberías haber cogido el paraguas de todas formas.

—¡Eres...!

—¿Qué soy?

—¡Un capullo!

—Y tú una...

La discusión entre ambos se interrumpe con un beso en los labios y un abrazo resbaladizo. Valeria y Raúl cruzan al otro lado de la línea cinco y se dirigen hacia el andén por la escalera mecánica. De fondo escuchan el sonido de una guitarra y un tema de los Beatles, *Strawberry fields forever*. La voz desgarrada que lo interpreta no pasa desapercibida para la chica, que se detiene al pie de la escalera.

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

Miente. Se ha puesto muy nerviosa. Sabe que cuando doble la esquina del pasillo lo encontrará allí. Hacía mucho tiempo que no sabía de él. Desapareció sin dejar rastro. No había vuelto a ver a César desde aquel día en el metro. Aquel día en el que su novio le gritó por primera vez que la quería.

—No me lo creo. Estás roja como un tomate.

—¿Y qué hay de raro en eso? ¡Me pongo colorada a menudo!

—Pero esta vez ha sido de repente y sin motivo. Además, ¿por qué nos hemos quedado aquí parados?

La canción de los Beatles continúa sonando y Valeria no tiene ninguna duda de quién se esconde detrás de aquella guitarra. Agarra con fuerza la mano de su novio y, armándose de valor, comienzan a andar de nuevo. Doblan la esquina y lo ve al fondo del pasillo.

Un joven con el pelo largo y castaño, ataviado con una cazadora vaquera y unos pantalones gastados, interpreta el tema de los cuatro de Liverpool con gran brillantez. Cuando la chica confirma sus sospechas, se altera aún más. Sigue siendo un tipo muy atractivo, con un halo especial. Una persona que siempre destacará del resto del mundo y que no encaja en el frío ambiente de la estación. No se atreve a mirarlo a la cara... Está desbordada de sentimientos. Confusa. ¿Se acordará de ella? Ella sí que lo recuerda perfectamente. ¡Cómo iba a olvidarlo! Pero han transcurrido varios meses. A lo mejor pasa desapercibida y ni siquiera sabe quién es. Reza para que así sea.

Los chicos caminan en dirección a César, que pare-

ce que no se ha percatado de su presencia. Sin embargo, como si todo hubiera estado planeado, la canción acaba justo en el instante en que la pareja pasa por delante del músico. En seguida, sus ojos descubren a Valeria y una inmensa sonrisa de satisfacción se dibuja en su rostro.

—Hola, cuánto tiempo. Tenía muchas ganas de verte.

Raúl es el primero que se gira, sorprendido al oír las palabras del joven que sostiene la guitarra. Inmediatamente, mira a Valeria, a la que le gustaría ser invisible.

—Hola —responde escueta.

—Te queda bien el pelo mojado. Estás muy guapa —comenta alegre, y se fija en el otro chico—. Perdona, no sé si Val te ha hablado de mí alguna vez. Me llamo César.

Los dos jóvenes se estrechan la mano. Su novia nunca le ha contado nada de aquel músico callejero, pero sí le suena de haberlo visto alguna vez, en alguna parte. ¿Dónde?

—Yo soy Raúl —responde, mientras trata de hacer memoria y encontrar el porqué de que le resulte tan familiar—. No, creo que no me ha hablado nunca de ti.

La situación es muy incómoda para la chica, a la que le encantaría desaparecer rápidamente de allí. Aunque no le haya hablado de él, creía que su novio podría reconocerlo de aquella tarde en que lo vieron juntos en el metro improvisando un rap. Incluso le dieron una moneda cuando terminó su actuación.

—Lo entiendo. Hace mucho que no nos vemos. He

estado fuera varios meses. En Bristol, haciendo un curso. Sólo hace unos días que he regresado a España.

—Ah. Muy interesante —apunta irónico Raúl, a quien aquel tipo no le agrada nada. Se ha tomado demasiadas confianzas.

Valeria permanece en silencio, inquieta, en medio de aquella tensión que puede cortarse con unas tijeras.

—Aquello es muy bonito. Pero estaba deseando volver.

—¿Y eso? ¿No estabas bien allí?

—Sí, muy bien. Pero echaba de menos a la persona de quien estoy enamorado.

—¿Tu novia?

—Más bien... es la tuya.

Aquella respuesta deja boquiabiertos a Val y a Raúl, que se miran confundidos uno al otro.

—Perdona, ¿cómo dices?

—Tu novia y yo somos viejos amigos. Y en estos meses fuera, he descubierto que me gustaba más de lo que yo mismo pensaba.

—¿Nos estás tomando el pelo?

El tono que usa Raúl es amenazante. Suelta la mano de Valeria y da un paso hacia delante, acercándose a César.

—Para nada. No es mi intención burlarme de nadie.

—Tienes la cara muy dura, ¿sabes?

—Simplemente, es amor, amigo.

—No soy tu amigo. Y no puedes soltarle a alguien algo así de buenas a primeras y menos estando delante su pareja.

—No he podido resistirme. Tenía muchas ganas de

verla y de decirle lo que siento. Mejor delante de ti que actuando a tu espalda, ¿no?

—Yo soy su novio. No tienes derecho a esto.

—Uno no puede controlar de quién se enamora —contesta César con tranquilidad—. De todas maneras, es ella la que debe elegir con quién sale o no sale. ¿No crees?

Los ojos de los dos chicos buscan rápida e irremediablemente a Valeria. Ésta se sobresalta y titubea antes de responder.

—Mi novio... eres tú, Raúl.

—¿Y le quieres?

—Claro. Muchísimo. Estoy muy enamorada de él.

César esboza una sonrisa, apoya la guitarra en el suelo y se recoge el pelo en una coleta mientras continúa hablando.

—No esperaba otra respuesta de ti, Val. Sin embargo, no voy a rendirme tan pronto. Te voy a hacer una propuesta.

—Déjanos en paz —replica Raúl, cogiendo de nuevo la mano de su chica—. Olvídate de nosotros.

—Te propongo estar contigo para siempre. Durante dos meses te preguntaré varias veces si has cambiado de opinión. Si dentro de sesenta días sigues pensando lo mismo, desapareceré para siempre. Tengo dos meses para enamorarte. ¿Qué me dices?

—¡Que estás loco! —exclama Raúl, anticipándose a su novia.

Y tirando de la mano de Valeria se alejan caminando deprisa hacia el andén de la línea cinco.

—¡Piensa en mi propuesta! —grita César, recuperando su guitarra.

Mientras suenan los primeros acordes de un tema de Nirvana, Raúl y Valeria suben al tren en dirección Alameda de Osuna. En aquel instante comenzaron las dudas. Aunque ni uno ni otro sabían entonces hasta qué punto llegarían.